

ENTREVISTA A SIMÓN DE CIRENE

¿Por qué ayudó a Jesús?

Porque me obligaron. Me enfadé mucho. Aunque después cambió todo. Volvía muy cansado del trabajo a casa y me encontré con aquella manifestación de gente. No sabía qué pasaba: la gente gritaba, se empujaban o huían de los golpes de los soldados romanos. Me forzaron a llevar la Cruz de Jesús y me sentí un desgraciado. Después me he considerado un privilegiado.

¿Conocía a Jesús?

Sí y no. No, porque nunca lo había visto y no lo identifiqué, aunque era famoso por su doctrina y sus milagros. No lo habría reconocido aunque lo conociese antes, porque estaba desfigurado: sangre, barro, llagas, hinchazones, corona de espinas, flagelación. Después del enfado me dio pena. Y me enfadé con la gente que le insultaba como si fuese un animal.

Cuando supe que era Él no sé explicar lo que pasó. Me miraba con ojos de amigo, agradecido, contento de verme, porque Él sí que me conocía.

¿De qué hablaron?

De nada y de todo. Solo dijo “Simón” (con un cariño increíble) y después “gracias” (con una autenticidad que me llenó de alegría el alma y me robó el corazón). No hablamos, pero nuestras almas se unieron: la mía se ensanchó, se llenó de paz, de la paz de Jesús que no es de este mundo. Sin palabras hizo que me sintiese querido, importante, valorado. Jesús me habló con su mirada, con su sonrisa –a pesar del dolor- y con cada gesto. Me cambió la cabeza, el corazón y la voluntad. Ya no soy el mismo. Me lo dicen mi familia –hoy también cristiana- y mis amigos.

¿Y usted le dijo algo?

No fui muy original. Prácticamente copié sus palabras. Le dije “Jesús” (y su mirada me llenó todavía de más alegría) y después “gracias” (noté que agradecía mi ayuda como si me necesitase de verdad). Todo estaba dicho. Nos entendimos perfectamente. Las palabras sobaban. El resto fue mirarnos, acompañarle, ayudar un poco.

¿Conoció a la Madre de Jesús?

Sí, cuando apareció acompañada de Juan para consolar a su Hijo. Para Jesús fue una alegría inmensa. Mi alma –unida a la de Jesús- se unió también a la de María. ¡Qué sentimientos tan dulces, a pesar del terrible dolor! Con la Virgen el Calvario se convirtió en una familia. Su presencia de madre dio vida a la muerte. Y nos llenó de esperanza: “Jesús..., gracias..., resucitarás”.

¿Qué ha cambiado en su vida?

Todo, nada y muchas cosas. No es que viviese como un animal o una planta pero mi vida era demasiado horizontal: levantarme, trabajar, comer, dormir y diversión los festivos. Jesús me enseñó a mirar al Cielo y a mirar mejor la tierra. Ahora sé que Dios es mi Padre y que quiere lo mejor para mí. El amor a Dios me lleva a querer a los demás. Según mi mujer y mis hijos y la gente ahora soy más alegre, sé pedir perdón, intento ser amable y servicial, trabajo más y mejor, tengo paciencia..., vamos, que he aprendido a pensar en los demás y a quererlos de verdad, como son. Es lo que hacía Jesús. Y Él me ayuda a cumplirlo.

¿Vio a Jesús resucitado?

¡Ejém! Esto es casi un secreto. Sí. Pero mis hijos no, aunque toda la familia se convirtió al cristianismo. Lo importante es “verlo” cada día en la oración, en la misa, en la confesión, en la meditación del Evangelio, en el trabajo, en la familia, en los amigos. Todo el que busca a Jesús acaba encontrándolo. Y al que no lo busca es Jesús quien le busca hasta provocar ese encuentro.

¿Algún consejo para nuestros lectores?

Mío no, yo soy un pobre campesino. Pero que hablen con Jesús: es el mejor amigo, el mejor maestro, el mejor hermano, el mejor padre, el mejor médico, un “juez” misericordioso. Sólo con Él entiendes que esta vida es un anticipo de la Vida eterna. Mirar a Jesús es ver a través de sus ojos un poquito del Cielo. No sé qué le dirá a cada uno pero sí sé que eso es lo mejor, lo que nos hará felices aquí y en el Cielo.

Perdone, ¿cómo podemos vivir la Pasión acompañando a Jesús?

Esto sí que es fácil. Mirándole con el corazón y acompañando a su Madre..., que es también Nuestra Madre del Cielo. Yo fui un privilegiado, pero también hoy todo el que quiera puede acercarse a Jesús.